







## BOHEMIA

Luis, el bohemio impenitente, había llegado aquella noche al maximum del desaliento, y aunque la situación no le era desconocida por haberla saboreado muchas veces ya, en su corta carrera de bohemia artística, en la cual habían abundado más las ilusiones que las realidades y los desengaños más que las alegrías, á pesar de todo, por su debilitado cerebro pasaron en confuso tropel millares de ideas, absurdas unas, deshonrosas otras, terribles y estupendas las más y su cráneo, impotente ya para contener aquel horrible hervidero, amenazaba estallar, acabando así con una vida tan azarosa y tan febril...

Eran las diez y aun no había cenado ni tenía esperanzas de realizarlo; su implacable estómago pedía alimento y su magín se sigotaba formando extrañas, imposibles combinaciones, para satisfacer el imperioso ruego.

Y solo, en su cuarto miserable y desmantelado, en compañía de la triste cama, que rígida é inmóvil esperaba pacientemente el cuerpo de su dueño, y de la mesa con un rímero de cuartillas, un tintero y una vela que chisporroteaba tristona sobre una botella que había contenido *Champagne*, en día menos apurado para él; y de tres ó cuatro libros grandotes, esparecidos por la mesa y cuyas hojas salientes y destrozadas, parecía que se asomaban á contemplarle, ofreciendo como paliativo el dorado jugo de los pensamientos que contenían; solo, rodeado de aquellos objetos inanimados, mudos testigos de sus internas luchas, Luis daba vueltas á la carta que acababa de leer, y por momentos se ponía más tético, más sombrío; sí, aquel trozo de papel, en aquellas circunstancias era un sarcasmo, inconsistente quizá, pero no por eso menos cruel; allí se le pedía un trabajo alegre, lleno de vida y de color y se lo exigían para el día siguiente.

El pobre Luis comprendía bien que en aquella ocasión le sería imposible corresponder á la demanda, á aquella demanda que urgía contestar en seguida, sino quería quedarse también sin comer al día siguiente, pero... ¡poner alegría con un alma tan triste...! ¡poner ingenio chispeante, vislumbrando tan negros horizontes...! ¡No, no podría aunque lo intentara...! Y desalentado miraba estúpidamente las blancas cuartillas, que esperaban ansiosas el creador desfloramiento, y que parecían mofarse todas sus esperanzas de gloria, de todas las locas aspiraciones de su imaginación soñadora de artista meridional.

Y en un supremo esfuerzo en el que puso en tensión todas las energías de su ejercitada voluntad, tomó la pluma y empezó á escribir, pero no bien escribía tachaba furioso, pues las risas con que deseaba adornar las ideas se convertían en lágrimas que anunciaban sus funerales de escritor, que ahogaban sus antiguas y acariaciadas ilusiones.

Pero, al fin, después de emborronar estérilmente bastantes cuartillas, su pluma empezó á deslizarse

se rápida y segura sobre el papel y abstraído completamente, olvidó su situación presente, su miseria actual, y de la afilada punta de su magistral *estilo*, salía el cuento que ambicionaba, amoroso, alegre, risueño y juguetón, lleno de vida sana y vigorosa.

Y cuando terminó, cuando dió cima á la empresa que tan imposible parecía, lo lamentó muchísimo; hubiera deseado prolongar su trabajo toda la noche, pues en los sublimes momentos de la concepción, vivió con sus personajes, se alimentó con sus mismos pensamientos, y bebió sus mismos afanes, y al leer el trabajo, terminado ya, sonrió tristemente y se admiró de haberlo podido realizar.

El artículo sería leído con delectación, en breve plazo; sería comentado alegremente entre sorbo y sorbo de café, para grata ayuda de una buena digestión y hasta sería envidiado el autor por su exquisita sensibilidad, por su dominio profundo del placer, ignorando los que tal hicieran que lo engendraron entre espasmos dolorosos de hambre, entre horribles contracturas de desesperación y entre las grises nebulosidades del desaliento.

Cobró el trabajo al otro día, y poco despues apareció impreso en elegante semanario, unido á otros, no menos alegres, no menos expresivos.

En los salones de la aristocracia madrileña, en esas estancias donde el pesado ambiente del lujo oculta tambien á sus moradores las angustias del exterior, no faltaron hermosas damas que leyendo aquel trabajo formaban juicios muy lisonjeros para el escritor, á quien no conocían, y alguna manifestaba el deseo de conocer personalmente á un literato que tamaños arreos derrochaba....

Y mientras los oídos de Luis, debían sonar con los múltiples elogios que se le prodigaban, él, encerrado en su horrible mazmorra de bohemio impenitente, contemplaba estúpidamente los despanzurados libretos, esparcidos por su mesa, la vela que chisporroteaba apagándose sobre elegante y vacía botella de *Champagne*; y otra vez otras cuartillas, ostentaban ante él su blancura inmaculada esperando nuevos desfloramientos y exigiendo nuevo jugo á sus células cerebrales, pues el estómago aquella noche, volvía á apremiar con su petición sorda, pero urgente... ¡terriblemente imperativa...!

JOSÉ ALSINA CODERCH



### ¿QUE TENDRAS?

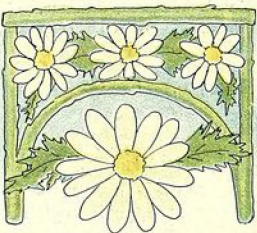
Sé que tienes dos ojos  
como dos ascuas,  
y unos labios más frescos  
que la granada  
y un cabello más rubio

que el sol de España,  
y un cuerpo más hermoso  
que la esperanza.  
Pero dime ¿qué tienes  
dentro del alma?

¡Ay! ¿Qué tendrás?  
Corazones robados,  
¡y nada más!

NEMO





### LA POESÍA

Siendo, tú, pura  
fuente de ensueños,  
y de placeres  
tan halagüeños;

Siendo, tú, estrella  
de luz radiante  
que guía en el mundo  
al caminante;

Siendo, tú, emblema  
de dulce gloria,  
que eterna vive  
en la memoria;

¡Cuán insensatos  
son esos hombres  
que te denigran  
con necios nombres!

Yo sé la causa  
por qué te humillan  
te desconocen  
y te mancillan.

Y en sus ataques  
nada piadosos,  
que están demuestran  
de ti envidiosos.

Tú, que de arriba  
eres reflejo,  
y el cielo copias  
en claro espejo;

Tú, que esperanzas  
das en la vida  
al alma triste  
que va perdida;

Tú, que consuelos  
das al cuitado  
cuando ya todo  
ve anubarrado;

Dinos tus rayos  
de hermosa lumbre,  
lévanos siempre  
á la alta cambre.

Y aunque te niegue  
falsa impostura,  
tú eterna vives  
en la natura.

Pues es tu santo,  
tu noble esencia,  
dón que te hizo  
la Providencia.

FRANCISCO COBES



## LAS FIESTAS REALES



GRAN DUQUE WLADIMIRO



DUQUE DE OPORTO



NICOLÁS DE GRECIA



DUQUE DE GÉNOVA



PRÍNCIPE DE SIAM



EL PRÍNCIPE EUGENIO DE SUECIA



EL PRÍNCIPE ALBERTO DE PRUSIA



ENRIQUE EUGENIO DE AUSTRIA



COMANDANTE RUBETT (FRANCIA)

Brillante ha sido la representación que han tenido las naciones extranjeras en el acto de la jura, y es de creer que los dignos enviados de las potencias se habrán llevado un buen recuerdo de nuestro país.



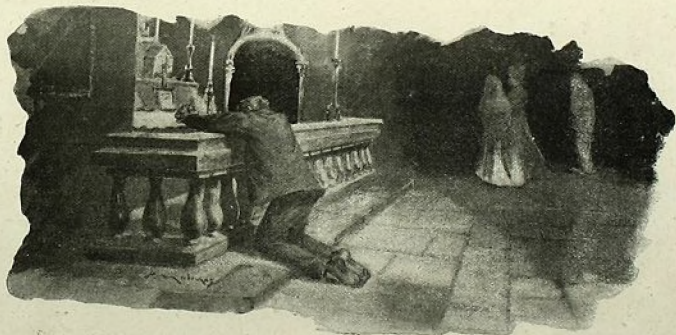


Aquella noche estaba de mala vena el barón del Otero y parecía que el joven vizconde de Monforte, recientemente admitido en el Círculo y cuya historia nadie conocía, se complacía en llevarle la contraria cada vez que el banquero colocaba las cartas sobre el tapete verde. El vizconde tenía una suerte loca y un montón de billetes y oro estaba colocado delante de él formado en parte por los que el barón sacaba continuamente de su riquísima cartera de piel de Rusia, no sin que al hacerlo circulase por sus venas un estremecimiento imperceptible para todos, pero que á él le hacía sufrir horriblemente, pues aquel dinero que iba depositando sobre la mesa era el último resto de su fortuna, en otro tiempo inmensa. Llegó por fin el turno al último billete que, como todos los demás perdió, y entonces se levantó y salió del Círculo sin que su rostro impasible revelase la tortura que sufría. —¡A casa!— exclamó reclinándose en los mullidos almohadones de su elegante carruaje, que rápidamente lo transportó al soberbio palacio que habitaba en la calle X. Despidió al ayuda de cámara que al oír llegar á su dueño se apresuró á ponerse á sus órdenes y encontrándose en su despacho, se sentó ante su mesa ocultando la cara entre las manos; diversos pensamientos agolpábanse en su imaginación y ninguno hallaba adecuado para salir de su situación angustiosa; rodeado de deudas cuyos vencimientos se hallaban próximos, la deshonra le amenazaba, además de la miseria. ¡El! ¡El célebre Armando del Otero verse obligado á trabajar para comer! ¡Antes la muerte! Pero al menos, moriría después de vengarse; aquel vizconde de Monforte que parecía gozarse en su ruina moriría antes. Una frase irónica, una mirada impertinente es bastante para producir un duelo, y después se levantaría la tapa de los sesos; pagaría sus deudas con su sangre. Completamente decidido á realizar su pensamiento y comprendiendo que le sería imposible conciliar el sueño, se puso á revolver los cajones de su mesa, arrojando al fuego multitud de cartas que componían su historia de hombre galante y afortunado con el bello sexo; apenas las leía, quemábalas, con la indiferencia del hombre hastiado por el cual ya no hay nada nuevo. De pronto, al oprimir el resorte de su cajón secreto pintóse en su pálido rostro una inmensa alegría; acababa de ver con una carta, un fajo de billetes de mil pesetas; los cogió con mano convulsa y empezó á contarlos; había ciento; cien mil pesetas. Con eso podía volver á recuperar su antigua fortuna; nada de suicidios; nada de pensamientos sombríos; el contacto de los billetes había desvanecido sus negras ideas, como la nieve es derretida bajo la acción ardiente de los rayos solares. ¿Pero, de dónde procedía aquel dinero? Un nombre, acudió á su imaginación; Teresa Rocafor, aquella desgraciada cuya espléndida belleza fué su pérdida. Ya hacía 23 años; la conoció en los almacenes de una célebre florista; depravado y libertino se propuso rendir aquella virtud, hasta entonces inexpugnable; apareció tímido, respetuoso, ardentemente enamorado, y la joven se dejó vencer creyendo sincero aquel amor que él sabía pintarle con tanta pasión; fué débil y sucumbió; su idilio fué corto. Pronto el hastío siguió al capricho satisfecho, y la joven vió con espanto, que las visitas de su amante iban disminuyendo, cuando ella sentía agitarse en su seno el fruto de su amor. Por fin cesaron completamente y Teresa se encontró sola, con su desesperación y su deshonra; huyó entonces de los sitios que la recordaban el placer perdido, y fué á esconder su vergüenza en el pueblo que la vió nacer, y donde abrió los ojos á la luz primera la prueba viviente de su caída; escribió á su seductor suplicándole un nombre para su hijo y el miserable añadió á la deshonra, el insulto, mandándole un fajo de billetes con una carta fría y despreciativa; tanto sufrimiento enriqueció á la pobre joven, que devolviendo á su antiguo amante el dinero y noticiándole sus propósitos, basó en la muerte el descanso, dejando encomendado su hijo á una pariente próxima. Varias veces había preocupado al barón el recuerdo de aquella desgraciada y del hijo tan villanamente abandonado; pero pronto una sonrisa



escéptica aparecía en sus labios y marmaraba: «¡Habrá muerto; además, yo hice bastante; no es culpa mía si por haber rechazado mi dádiva sucumbió en la miseria.» Estas palabras revelan completamente la parte moral de Armando del Otero. ¡Cuán lejos se hallaba el barón de pensar, que el hijo que él creía muerto, se levantaría ante sus ojos cual el espectro del remordimiento! Pero no adelantemos los sucesos. Alegre y satisfecho por el inesperado hallazgo quemó sin leer la carta de su víctima y libre de pensamientos enojosos, se dirigió al lecho donde le dejaremos para ir en busca de otro personaje que juega importante papel en esta historia.

En un lujoso entresuelo de la calle de Il y entregado al parecer, á profundas meditaciones se halla el joven que conocemos con el título de vizconde de Monforte; dotado de gracias naturales, elegante y completo hombre de mundo, no le fué difícil ser admitido en uno de los círculos más importantes al poco tiempo de llegar á París, á pesar de ser sus antecedentes desconocidos en absoluto; se le suponía en posesión de fortuna, pues vivía con lujo y ostentación; pero nada más; no tenía amistades íntimas aunque sí estaba en buenas relaciones con gran número de elegantes. — ¡Oh! — murmuraba en el momento en que le encontramos. — ¡Si el mundo supiera mi origen, cómo se apartarían de mí esos imbéciles que hoy me rodean y halagan! La vida es un teatro, y no agradándome el papel que me correspondía representar, me apoderé de otro. ¿Qué importan los medios? Maquiavelo, decía y yo lo apruebo, que todos los medios son buenos si conducen al fin; además, sin título, me sería imposible asistir á la ruina y gozar en la agonía del miserable que odio con todo el furor de mi corazón, lleno de hiel; bien está lo hecho; seguro estoy de que el verdadero vizconde de Monforte no reclamará su título. Paz á los muertos; añadió alibujándose en sus labios una sonrisa siniestra. — Recogió un paquete de cartas que se hallaban sobre la mesa, las guardó en un cajón cuya llave llevaba consigo y echándose en un macferland sobre los hombros se dirigió al Círculo entrando en la sala de juego, que estaba á la sazón muy concurrida; en una de las mesas se hallaba el barón del Otero y hacia ella se dirigió el vizconde, colocándose en un asiento desocupado que había enfrente. El barón se había desquitado con exceso de lo perdido en la noche anterior, pues un montón de billetes y oro había ante él aumentado continuamente; su rostro placentero demostraba evidentemente que la diosa veleidosa había vuelto á prodigarle sus favores. El vizconde de Monforte empezó á jugar y pronto pudo convencerse de que la fortuna se le mostraba esquiva y perdería cuanto aventurase; el orgullo, sin embargo, le hizo seguir con ardor la partida y dos horas después, había perdido todo lo que llevaba encima que casi constituía su capital. — ¡Eisenor vizconde, — exclamó entonces con voz desdénosa el de Otero que seguía ganando de una manera enorme, — haría bien retirándose á descansar, pues como novicio en estas lides se encuentra nervioso por esa pérdida que tal vez fuera toda su fortuna. — Todos se fijaron en el vizconde que se puso livio y dió un paso como para lanzarse sobre el barón, pero contentándose, preguntó con voz alterada: — ¿Tendrá el señor barón la bondad de aclarar sus palabras? Pues no sé en qué sentido debo tomarlo. — «No es extraño que no lo sepáis, siguió diciendo el barón con voz agresiva, porque parecéis estar poco al corriente de los usos de la sociedad.» La partida se había interrumpido; los que se hallaban alrededor de la mesa se miraban sorprendidos, pues conocieron que el de Otero quería á toda costa provocar al vizconde; pero sabiendo la destreza con que aquel sabía manejar toda clase de armas y suponiendo que tendría sus razones para obrar como lo hacía, permanecieron neutrales, contentándose con seguir la escena con interés. — «Caballero; — exclamó el vizconde alargando al barón una tarjeta, — aunque suponiendo que ignora las costumbres del gran mundo sé lo suficiente para invitarlos á repetir vuestras palabras en otro terreno. — «Con mucho gusto, vizconde; y si no hay inconveniente por vuestra parte este asunto quedará terminado en pocos momentos; estos señores dispensarán en gracia á la brevedad lo que haya de irregular en tal precipitación y serán tan amables que accederán á apadri-



Ayuntamiento de Madrid



narnos.» «—Estamos á sus órdenes exclamaron todos.» «—Pues por mi parte estoy dispuesto,» dijo el vizconde; y como según creo me corresponde la elección de armas, escojo el florete, exigiendo únicamente que el duelo sea á muerte.» «—Vamos, pues; repuso el marqués de la Roca; en la sala de armas terminaremos este enojoso incidente: Demorgat y yo representaremos al barón y Barbieau y Decudré apadrinarán al vizconde.» —Todos los mencionados se dirigieron á la sala de armas caminando el último el vizconde cuyo rostro aparecía sereno, pero en el cual un observador, hubiera descubierto una emoción profunda. Llegados á ella y después de proceder á la elección de armas ambos adversarios colocáronse enfrente uno de otro. Dada la señal se cruzaron los floretes observándose pronto que el vizconde se concretaba á defenderse, en tanto que su contrario le atacaba furiosamente; ya iba prolongándose el combate y los padrinos se disponían á dar un pequeño descanso á los combatientes cuando aprovechando el barón un descuido de su adversario se tiró á fondo, atravesándole el pecho de una terrible estocada; el desgraciado vizconde dejó caer el arma y tambaleándose un momento cayó desplomado; todos se lanzaron en su auxilio y pudieron apreciar que la espada del barón había atravesado por debajo de la tetilla izquierda; al hacer el moribundo un movimiento descubrió sobre su pecho un medallón que encerraba el retrato de una mujer maravillosamente hermosa; apenas el barón que permanecía silencioso é inmóvil fijó sus ojos en el retrato, dió un grito y apoderándose de él lo contempló con avidez. «—Es ella, exclamó con voz temblorosa, ¡es Teresa!» «—Sí; Teresa; balbuceó el herido incorporándose con un esfuerzo desesperado; Teresa, mi desgraciada madre, tu inocente víctima infame parrieda, miserable ladrón de honras; tu causastes la muerte de la madre que no pudo soportar tu vergüenza y has coronado la infamia causando la del hijo que la hiciste concebir. ¡Maldito seas!» —Un torrente de sangre ahogó sus palabras y retorciéndose en la última convulsión, espiró.

Han pasado diez años. Si vais alguna vez por la morisca Córdoba y dirigís vuestros pasos á la sierra que la rodea admiraréis las ermitas, que cual nidos de águilas se hallan adheridas á las rocas; en una de esas ermitas habita un penitente que causa la admiración de la comarca por las mortificaciones que se impone. Se dice que en otro tiempo fué un ser crapuloso que no reconocía freno á sus caprichos; nosotros sabemos que el penitente que llora sus horribles delitos es el barón Armando del Otero, el asesino de su propio hijo.

ALFONSO GULLÓN

## TRISTEZAS DE ACTUALIDAD

Pocas calamidades registra la historia contemporánea comparables á la que acaba de ser víctima la isla de la Martinica y en pos de ella la de San Vicente. 30.000 muertos en la primera y 2,000 en la segunda,—que va á quedar evacuada de habitantes en breve término,—son cifras que espantan el ánimo más indiferente.

También ha ocasionado dolorosa impresión el desastroso fin del aeronauta brasileño Sr. Severo y su ayudante al hacer las pruebas de un nuevo globo dirigible, y para colmo de horrores tenemos que registrar la horrible catástrofe ocurrida en Lérida, donde por haberse desplomado una casa ruinosa donde estaba establecido un colegio ha habido que lamentar la muerte de tres desventurados alumnos y la del director Sr. Bargués, además de multitud de niños y adolescentes heridos de más ó menos gravedad.

Todas estas desgracias, por las circunstancias que las han acompañado han conmovido hondamente los ánimos, pues en un caso se trata de las terribles leyes de la fatalidad, en otro del heroísmo de un mártir de la ciencia y en el último de la censurable desidia con

que se consentía hubiese establecido su centro de enseñanza en un lugar reconocidamente peligroso.

¡Quiera Dios evitarnos nuevos días de luto!



EL GLOBO PAX.—EL AERONAUTA SEVERO



LA MARTÍNICA: EL VOLCÁN DE LA MONTAÑA PELADA.—SAN PEDRO, PORT-DE-FRANCE

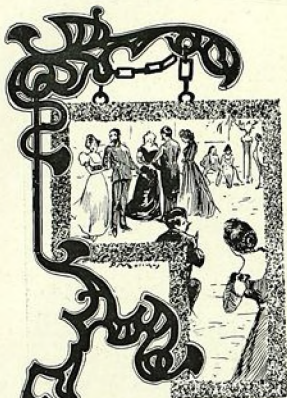




OFRENDA A LOS DIOS

Ayuntamiento de Madrid





## DIVERSIDAD

Dulcemente pasaban el tiempo, contándose las aventuras que durante el curso habían experimentado, Ramón y Antonio.

El primero, estudiante de farmacia, era uno de esos jóvenes bulliciosos y alegres, entusiasta principalmente del baile y reuniones en que hubiese algo parecido, pues, más de alguna vez tuvo que hacer papeles ridículos en la alta sociedad, por entremeterse donde nadie le llamaba, vulgarmente dicho.

Muy al contrario era el segundo; prudente, moderado, y poco amigo de lo que á Ramón tanto enloquecía, se pasaba el año con gran aprovechamiento de los estudios superiores de su carrera de Medicina.

Ramón, entre otras cosas decíale á Antonio:

—No sabes bien amigo mío, los placeres y delicias que ofrece el baile; si tú supieses siquiera lo que es, no le tendrías tanto odio; para mí, es la única diversión, mi entusiasmo y enloquecimiento atroz, por ese tan halagador y dulce bienestar, que solamente en esos casos se percibe.

—Todo lo que quieras puedes decir acerca de él, —le contestó Antonio, —pero... es la cosa más triste que hay el referirme y narrar algo que á esto huelga.

¿Te acuerdas de Pepita Martínez? ¿De aquella fisonomía, agradable de aquellos ojos azules, de aquella nariz afilada y bien formada y de aquella diminuta boca? ¿Te acuerdas...?

—Sí; —contestóle Ramón.

—Pues bien; en un baile la conocí, la adoré... me declaré á ella... y... ¡oh decepción! en un baile empezó por hastiarme su trato; su aliento que antes fascinábame, llegó á despedir hediondez, y sus palabras, que en tiempos fueron amorosas y enloquecedoras, acabaron por parecerme fingidas é hipócritas, rompiendo de una vez el lazo de amistad que nos unía, aborreciendo desde entonces por completo y prometiendo no acordarme jamás de ella. Desde aquel día detesto los bailes y reuniones de esta clase, pues ellos fueron mi destrucción, mi ruina y mi enlodamiento en el vicio. ¿De modo que aun quieres que me guste el baile? ¡No!... no... le odio y aborrezco.

SEVERIANO ALEZA MARTINEZ

(Dibujos de P. Molinas)



Con el  
los señores  
res el cu  
album J

B  
Esta E  
tomos en  
páginas,  
mo, y co  
insignie  
dernos, p  
la última  
y la eco  
traducid  
y pulcrit  
el origin  
Hasta  
siguiente

El ase  
Carlos B  
Magd  
L. Jacol  
El tes  
venson.  
El cri  
por L. J  
Orso, p  
El Hijo

Para p  
nistración  
za de Tet

Hemos  
en un act

LOSAL

ACROSTICO-

PO

Novej

Sustitu  
por letra  
en direc  
cales en l

1. <sup>as</sup> line  
sonante.  
2. <sup>as</sup> — C  
un óxido  
encajes d  
3. <sup>as</sup> — P  
misma pr  
4. <sup>as</sup> (Ac)

RESERV



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores o compradores el cuaderno 21.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 300 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barabá.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacoliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacoliot.

*Orso*, por Enrique Syenkewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Hemos recibido el drama alemán, en un acto y dos cuadros, en prosa,

*Istar ó el Amor*, original de Roberto Heymann, redactor de la magnífica revista de arqueología *Isis*, que se publica en Munich.

Es una obra grandiosa. cuya acción se desarrolla en Caldea, 3000 años antes de la Era Cristiana, y está basada en la soberana influencia que por el poder del amor ejerce Istar, reina de aquel país, sobre las tribus montañesas rebeladas contra el trono de su marido, Dumuzi, consiguiendo ella, con la dulzura de sus sentimientos, lo que no habían logrado los ejércitos.

Creemos que si fuese traducida al castellano alcanzaría el mejor éxito, y aun más acompañada de algunos números de música.

La edición es un modelo de elegancia tipográfica.

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

*El triángulo y el cuadrado.*—

ANTONIO	VICO
NARRAR	IRIS
TRAZO	CIRO
ORZA	OSOS
NAO	
IR	
O	

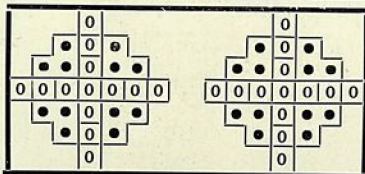
*Pensamiento.*—El oro se prueba por medio del fuego; la mujer, por el oro; el hombre por la mujer.

## LOSANGES

ACROSTICO-ARTÍSTICOS

POR

Novejarque



Sustituídos los ceros y asteriscos por letras, léase correlativamente en direcciones horizontales y verticales en los dos losanges:

1.ª líneas—Letra numeral.—Consonante.

2.ª—Compuesto de un ácido y un óxido metálico.—Un género de encajes de labor antigua.

3.ª—Provincia de España.—La misma provincia.

4.ª (Acrostico).—NOMBRE Y APE-

LLIDO DE UN CÉLEBRE PINTOR ESPAÑOL.

5.ª—Género de árbol que crece en la regiones cálidas de América.—Rey visigodo de España.

6.ª—Medida de longitud, en unas partes más larga y en otras más corta que el metro.—El mismo significado.

7.ª—Occidente.—Conjunción copulativa.

La solución en el próximo número

—¡Malhayen los callos!—dijo D. Santiago Cebegrin.  
—¡Pues se los cura usted pronto usando el LADIVONSIM!

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. G. M.—Madrid.

Amigo del alma mía (por más que no sé quien eres) vas á quedar complacido como veáis, muy en breve. Tu epístola me ha llegado al corazón, y bien puedes dar gracias á lo que invocas para luego complacerte, porque aquello lo he entendido; ¿entiendes, amigo, entiendes?

A. L. de C.—Lérida.—El tema está gastado, y solo puede sacarle punta, aun, Taboada. J. M.—Vitoria.—La composición que ha enviado tiene mucho vigor, pero abunda, de-graciadamente en versos mal medidos, comenzando por el primero:

Hijo del invierno, de la vejez emblema

Además le ruego, que en obsequio á los pobres tipógrafos, procure, si tiene á bien evitar algo más, que la letra sea más inteligible.

F. F.—Albacete.—Recibidos los envíos, y gracias por todo.

R. G. C.—Lo que ha enviado es muy bonito, y por lo tanto...

L. F. M.—La Habana.—Efectivamente, fué debido á un descuido en la compaginación; y también efectivamente, *Wécome* significa bien sentido y eso quería decir, refiriéndome al original.

E. A.—Toledo.—Los versos están bien, pero el empleo de octavas reales en A ti no cuadra bien con el asunto, y las cuartetas con el último verso consonando con el compañero de la cuarteta siguiente han pasado de moda.

J. M. de N.—Lérida.—Como al llegar á la segunda línea he leído *indiferencia*... ya no he seguido más.

M. F.—Deseoso de que la posteridad no deje de saborear las producciones de su humen pético, he decidido no demorar ni un instante la publicación de sus versos que dicen textualmente así:

## HA LA PRIMABERA

¡Que bella es la primabera con sus ojos tan berdozas y bellos los pajarillos que emplean la bida en ella!

Las rosas aroma espáran en el ámbito elemento, derramando su perfume estasiando á los cielos.

Las florcillas tan berdo en el campo se ben ellas alegrando la campña que da mucho gusto al berlas.

Los almendros muy losanos adornan los berdes huertos y ellas les da nueva bida que en ellos pone peso frescos.

¡Bendita la primabera que da á las flores bida y alegría nuestra campña con los árboles tan berdo!

Por lo demás, le felicito á usted por su resolución de acabar con las malditas *veas*, ateniéndose únicamente... á las otras.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA». PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



IMPERIO CHINO



INFANTERÍA: SOLDADO IMPERIAL